

CULTURA Y CAPITALISMO

El aire cultural que respiramos en el capitalismo está enrarecido por los efectos contaminantes de las «industrias de la cultura». Es preciso fomentar la conciencia crítica, ética y pedagógica que caracteriza a la verdadera cultura.

Por Heleno Saña

No se puede hablar de cultura como de una categoría separada del entorno social en que está ubicada; ambos momentos forman una unidad indivisible, una «Wechselwirkung» condicionándose sin cesar entre sí. Cultura no es por ello únicamente la actividad de una élite más o menos numerosa de escritores, artistas e intelectuales y su radio de acción sobre los estratos ilustrados accesibles a ella, sino que abarca la totalidad de los modos de conducta y del repertorio de valores predominantes en una sociedad o época. «Pues una cultura no es sólo un cuerpo de trabajo intelectual e imaginativo; es también un sentido total de la vida» (Raymond Williams, «Culture and society»).

Pero cultura no es sólo una totalidad social, sino que, a su vez, es siempre el reflejo de las condiciones de clase y de poder reinantes en la sociedad o en una fase histórica determinada. Apresurémonos a señalar que a pesar de la difusión cuantitativa de los bienes culturales y del número cada vez mayor de gente que vive profesionalmente de la cultura, nuestra época es, en conjunto, profundamente hostil a la cultura si entendemos ésta como debiera entenderse y como nosotros la entendemos: como un valor al servicio de lo bueno, lo justo y lo verdadero. ¿Cómo creer en la cultura de un estadio histórico en el que la mayor parte de los hombres viven en estado de alienación y agonía, sea de orden material o espiritual? La cultura surgida en la sociedad de consumo no es más que la continuación, bajo nuevos supuestos históricos, de las tendencias fundamentalmente antihumanas, nihilistas y destructivas que Freud anticipó ya en su «Malestar en la cultura» y Horkheimer-Adorno en su «Dialéctica de la Ilustración».

La tesis de fondo que me propongo exponer en estas páginas es precisamente ésta: la de que la sociedad del tardocapitalismo es la negación más absoluta de la cultura, y ello por la sencilla razón de que constituye la negación abierta de la ética. Porque lo que los apologetas y aprovechados del sistema ensalzan continuamente como la sociedad de la libertad, el progreso, la justicia y el Estado de derecho, es en realidad una sociedad profundamente desgarrada y enferma, caminando cada vez rápida y ciegamente hacia un abismo sin fondo de caos, dolor y desintegración, hacia la culminación del hedonismo, la injusticia y el mal.



El momento histórico en que nos encontramos está dominado esencialmente por el gran capital y los «pressure groups» que pululan en torno a él. Políticamente está administrado por una casta de políticos profesionales, tecnócratas y burócratas fundamentalmente cínicos y corruptos. En sentido general, es una época epigonal y saturada, carente de grandes ideales y embrutecida por la ideología burguesa del consumo, del goce y la propiedad, en la que incluso los fundamentos del código burgués de valores (libertad, igualdad política) sólo perviven ya en forma altamente adulterada y precaria, como señaló Marcuse pocos años antes de su muerte. (Gespräche mit Habermas y otros). Para decirlo con la terminología de Fromm: su credo no es el ser, sino el tener.

Toda cultura ubicada en una época en la que el hombre ha renunciado a dar una proyección superior a su existencia y se conforma con el miserable «panem et circenses» que los amos de turno le arrojan para alimentarle y entretenerle, tiende a adoptar un papel meramente reproductivo o apologético. La labor del arte, la literatura y el pensamiento se limita a ser entonces una justificación sublimada de la irracionalidad ambiente, mariposea en los primeros planos de lo aparente y rehusa adentrarse en la esencia de las cosas, se convierte en mimesis formal del «statu quo». La cultura que se produce y se consume es la que dicta el poder establecido, en consonancia con lo que Marx señaló: que los pensamientos dominantes en una época son siempre los pensamientos de la clase dominante.

Una civilización como la burguesa, que no conoce otro valor que el del hedonismo, tiene que decidirse a la postre por una cultura de la intrascendencia y la banalidad. Este es, por lo demás, el lugar común de toda época descendente, en la que el hombre no quiere sino divertirse y pasarlo bien. Ya el poetismo checo de los «roaring twenties» («locos años veinte») aspiraba a convertir la «vida en una grandiosa empresa de entretenimiento» (Karel Teige, «Liquidierung der Kunst»). Y también: «El poetismo es... en el bello sentido de la palabra, el arte de vivir, el epicureísmo modernizado». Pero ya los materialistas del siglo XVIII entonaban las mismas melodías. Así, La Mettrie escribió un libro titulado «L'art de jouir» («El arte de gozar»), en el que afirmaba: «No os acerquéis a mí, mortales enojosos y turbulentos dejadme gozar...» (Oeuvres phil., II, 275, Amsterdam 1764). O Max Stirner en el siglo pasado, en su «Único y su propiedad»: «Yo no quiero ni la libertad ni la igualdad de los hombres; quiero únicamente mi poder sobre ellos, y quiero convertirlos en mi propiedad, esto es, gozarlos». «Ich genieße mich» es una de las expresiones predilectas de Stirner, y no es casual que el ideólogo alemán Hans G. Helms le haya considerado como el verdadero precursor de la sociedad de consumo actual. (Die Ideologie der anonymen Gesellschaft, 1966). Por lo demás, ya el joven Marx sabía que «el principio del estamento burgués o sociedad burguesa es el goce y la capacidad de goce» Marx/Engels. Werke, II, 285).

La afirmación a toda costa de la «joie de vivre» («alegría de vivir») se basa en un gran acto de egoísmo, consistente en apartar los ojos del dolor que nos rodea y en querer asegurarse una plácida digestión en medio de una cotidianeidad que, por su carácter lacerante y brutal, se ha convertido en castigo y suplicio. La cultura institucionalizada tiende a ignorar la dimensión trágica de la existencia y a convertirse en espectáculo, pirueta y show, porque la dinámica del consumo exige naturalmente el estado permanente de alegría y aturdimiento. (Es sabido que en los campos de con-



centración y exterminio nazis había una banda de música para «entretener» a las víctimas). Las teorías que proclaman el goce sistemático como alfa y omega de la sabiduría, representan un acto de cobardía moral basado en la «Verdrängung» freudiana. El capitalismo tardío y la cultura banal que ha engendrado son también un inmenso proceso de «Verdrängung» o encubrimiento de la realidad.

Teige, que además de teórico del arte era marxista vulgar, afirmaba también, en nombre del constructivismo profesado por él: «El espíritu racional del constructivismo es necesariamente relativista... No hay otra verdad que la ocasional o efímera». También los representantes de la cultura establecida trabajan para el momento, para lo que se lleva, para lo que la Kulturindustrie y el público esperan o exigen. Lo importante no es consagrarse a la búsqueda del bien, la verdad, la solidaridad y otros valores superiores y eternos, sino nadar a favor de la corriente, compartir la mesa de los poderosos y hartos y aceptar el plato de lentejas que éstos tienen siempre a mano para quienes están dispuestos a vender su patrimonio espiritual.

Kierkegaard escribe en uno de sus Diarios: «Sí, ciertamente soy un aristócrata (como lo es todo el que busca realmente el bien), pero quiero estar abajo en la calle, en medio de los hombres, allí donde existe peligro y resistencia». No es fácil imaginar que un intelectual adicto al «Zeitgeist» («espíritu de la época») pueda hablar en estos o parecidos términos, no porque sea más modesto que el pensador danés, sino porque ni siquiera piensa en el bien, que es como decir que no piensa en absoluto. Porque en contra de lo que pueda afirmar la fauna emuladora del «más allá del bien y del mal» nietzschiano, pensar prescindiendo de la categoría de lo bueno es un contrasentido. Feuerbach, a quien habrá que reivindicar algún día y defenderlo de los juicios despectivos que en nombre del hegelianismo le dedicaron Marx, Engels y sus epígonos, Feuerbach, digo, estaba en la razón al afirmar, en su autodefensa de «La esencia del cristianismo», que «la tarea teórica de la humanidad es idéntica a su tarea ética». Feuerbach no hace aquí —como en otros puntos— más que seguir las enseñanzas de los padres de la filosofía. Ya Parménides, en su poema filosófico, establece un nexo constitutivo entre la búsqueda de la verdad y la dike, diosa de la justicia. El logos de los estoicos expresa no sólo las leyes de la naturaleza y la razón, sino el fundamento de las leyes morales. Toda la concepción platónica nace de la unidad entre lo verdadero y lo bueno. La verdad, aletheia, es también lo bueno, to agathon. Y nuestro Unamuno nos dice en su «Sentimiento trágico»: «La bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual».

Esto, hoy, claro, apenas interesa a nadie. Lo que preocupa al intelectual al uso —que es lo que predomina— es sobre todo la búsqueda del éxito. Flaubert podía afirmar todavía: «Je apelle bourgeois quiconque que pense bassement» («Llamo burgués a quien piensa bajamente»). Este juicio de valor ha perdido hoy una gran parte de su virulencia crítica, no porque sea falso, sino porque la inmensa mayoría de «hommes de lettres», literatos y artistas no sirve a otro credo que el burgués, como Sartre consignó hace ya mucho tiempo en su «Qu'est-ce que la littérature?». Los portadores oficiales de la cultura han aprendido a instalarse cómodamente en la fealdad y la impostura, forman parte desde hace tiempo del sistema burgués de valores y son cómplices de las clases dominantes. De ahí que no pierdan una sola palabra sobre la lucha de clases y se hayan retirado a la torre de marfil de lo puramente esteticista y convertido su profesión en «business» y cuando salen de su «splendid isolation»



(«espléndido aislamiento») es generalmente para participar en algún talk-show televisivo, para asistir a una recepción de postín, para recibir un premio o para tomarse unos whiskies en algún salón de moda. Su presencia pública no es otra cosa que publicidad, constituye una prolongación de su cruzada al servicio del yo insaciable que llevan dentro. Los otros son tenidos en cuenta sólo en la medida que posibilitan su realización como principio de cálculo y como mónadas parasitarias y lujosas. El móvil que les guía es el mismo que Norman Mailer —un virtuoso del escándalo y del dandysmo— plasmó descaradamente en el título de uno de sus libros: «Advertisements for Myself» («Aviso a mí mismo»). Como no creen en otra cosa que en el principio capitalista de propiedad, lo primero que hacen es convertir su ego en objeto de capitalización y rentabilización.

La burguesía tardocapitalista, menos ingenua que la de preguerra, utiliza para su proceso de instrumentalización no sólo a los intelectuales de su propio campo, sino también a una buena parte de los que dicen militar en la izquierda... Así vemos que la prensa capitalista contrata a menudo como columnistas a autores nada adictos a su credo. Con esta estrategia, la clase dominante satisface las exigencias críticas de los sectores menos aborregados de la sociedad sin correr el riesgo de que las pequeñas o grandes procacidades de las plumas alquiladas fomenten el descontento social o la revolución. Si la burguesía abre sus espacios informativos a ciertos representantes de la «gauche dorée» («derecha dorada») es precisamente porque sabe que es inofensiva, puro «divertimento»; su hospitalidad es, por ello, en el fondo, un acto de desprecio. Porque lo que la burguesía no hará es promocionar a los intelectuales realmente enemigos de ella; por eso los silencia y los margina, que es el medio más expedito y eficaz para desmoralizarles y hundirles. El juego de la burguesía actual es claro: mimar desde sus «mass media» a una pseudo izquierda ya atada al sistema para impedir que la verdadera izquierda tenga ocasión de hacerse oír. Este es el «dirty play» («juego sucio») que la burguesía practica para confundirlo todo y desorientar al pueblo.

El confusionismo reinante ha conducido a una transmutación de todos los valores, pero no en el sentido ascendente imaginado por Nietzsche, sino como descenso a las simas más profundas de lo vulgar, lo frívolo y lo vil. Una de las cabezas más lúcidas e independientes de la Alemania actual —Hans-Martin Lohmann— escribía no hace mucho, sobre el ambiente cultural existente en su país: «Más importante que el casi accidente en la planta nuclear de Biblis es sin duda haber leído o no la última novela de Eco. Sobre la pornografía violenta se discurre como si se tratara de un fenómeno estético. Políticos corruptos hasta la médula —que podrían ser muy bien apoderados de una banda de traficantes de drogas— no vacilan en hablar continuamente de «cultura» y fichan a una cohorte de literatos para que la lleven a la práctica. Las cátedras y las secciones literarias de los periódicos están en manos de yuppies que hablan de un texto de Karl Krauss con el mismo tono con que comentan los entremeses exóticos que la noche anterior probaron en el restaurante» («Geisterfahrer», 1989). Y si esta es la situación de un país de la potencia cultural e intelectual de Alemania, imagínese lo que ocurrirá en un país como el nuestro, dominado por el raquitismo cultural y donde la picaresca celebra nuevos triunfos apoteósicos a caballo de los cien años de honradez felipistas, un país en el que el prestigio y el renombre de un autor suelen estar en relación directa con su capacidad de acomodación y adhe-



sión a las consignas ideológicas de turno, un país en el que se puede ser sucesiva y «progresivamente» facha, movimientista, católico fervoroso, marxista estaliniano, comunista arrepentido y finalmente «sociolista», sin que nadie se alarme, lo que explica la facilidad con que los «ex» están siempre «in». Pero dejemos las miserias carpetovetónicas, que no son sino una caricatura goyesca o esperpéntica de los grandes males incubados en otros pagos, los pagos donde tienen su asiento las multinacionales y la Trilateral Commission.

En su sentido genuino y original, la cultura ha sido siempre voluntad de autoperfeccionamiento y elevación, se ha propuesto como meta educar al hombre y convertirlo en lo que Kant llamaba un ciudadano emancipado («mündiger Bürger»). La cultura pierde de manera creciente esta dimensión pedagógica y emancipativa para convertirse en puro juego, pasatiempo o provocación rebuscada. Los intelectuales, escritores y publicistas al servicio del poder no tienen ningún interés en educar al pueblo porque quieren conservar su status de élite privilegiada; en este aspecto actúan como los propios capitalistas interesados en embrutecer a las masas para seguir explotándolas. La cultura está degenerando a pasos agigantados en industria de la cultura, cuyo móvil no es en modo alguno la difusión de bienes culturales superiores, sino el lucro. Lo que se imprime y difunde está determinado casi exclusivamente por su valor mercantil, tiene muy poco o nada que ver con su calidad intrínseca. Los protagonistas culturales —escritores, intelectuales, gente de teatro, artistas, críticos, literatos, periodistas— son tasados de antemano como objeto de cambio, y lo que en este sentido cuenta no es el talento y menos la idiosincrasia del autor, sino su posible rentabilidad comercial, que, por otra parte, es fácil calcular con ayuda de las técnicas de marketing. Régis Debray demostró hace años en su libro «Le pouvoir intellectuel en France» (1979) la complicidad descarada que existe entre las grandes editoriales y los críticos encargados de valorar la producción cultural.

La cultura en boga no se dirige al hombre, a la persona, sino al consumidor, sobre todo al consumidor dotado de la suficiente capacidad adquisitiva. El capitalismo sigue aquí exactamente los mismos procedimientos de comercialización y promoción de ventas que aplica a las demás ramas de negocios. Con este objeto lanza sin cesar nuevas modas estético-literarias destinadas a intensificar el consumo y asegurar así el proceso de producción y reproducción. Los mandarines de la cultura no son hoy ya los propios intelectuales —como Simone de Beauvoir les caracterizó en su famosa novela del mismo nombre—, sino los directores generales y altos ejecutivos de las grandes casas editoras y grandes cadenas de periódicos, revistas, radiodifusión y televisión. Lo que no se ajusta a las exigencias del «dernier cri» es rechazado despectivamente como un anacronismo. De ahí que el proceso cultural institucionalizado haya perdido toda continuidad y coherencia y quedado reducido a pura actualidad, a banal culto al «up to date», aunque esta presunta actualidad no sea a menudo —como en la haute-couture— más que un refrito de los pretérito, un «dèjà vu» («ya visto»).

El principio capitalista de la renovación formal como fin en sí se ha adentrado desde hace tiempo en el ámbito de la creación cultural y explica que ésta tienda a convertirse cada vez más en técnica, construcción, planificación, cálculo o método, como si los literatos, intelectuales y artistas hubieran querido dar la razón a Camus: «Quand on n'a pas de caractère, il faut bien se donner une méthode» («Cuando no se



tiene carácter hay que hacerse un método» (La Chute). No es difícil adivinar que la glorificación de los aspectos formales de la obra cultural corresponde a la fetichización técnica practicada por la burguesía en todos los ámbitos de la vida con el designio de someter la espontaneidad del hombre al «diktat» del principio industrial.

Esta tecnificación de la cultura se manifiesta también en la esfera del pensamiento. La filosofía se disuelve, como disciplina normativa, en ramas especializadas del saber, desde la filología y la lingüística a la antropología, la sociología, la cibernética o la informática. Esta estratificación y atomización del quehacer pensante refleja la división de trabajo existente en la sociedad industrial y conduce al surgimiento de sistemas teóricos y científicos cada vez más inconexos y más alejados de los problemas y las necesidades concretas del hombre. El trabajo reflexiológico pierde con ello el sentido de totalidad para convertirse en una parte más del proceso de cosificación y alienación general. Degradada ella misma a objeto de la ideología burguesa, la filosofía se destotaliza y renuncia a cumplir la misión esclarecedora y crítica que le corresponde, pasando a entrar en las filas del positivismo, el conductismo, el pragmatismo, el empirismo, el estructuralismo y otros reduccionismos epistemológicos paridos por la ciencia burguesa para perpetuar su dominio, bajo el lema de «divide et impera». El gran debate sobre la verdad y sobre los grandes temas del hombre y de la historia es sustituido por el vampirismo erudito, los montajes de laboratorio, las elocubraciones pedantes y las disputas de clan en torno a toda clase de tecniquerías y bizantinismos. Este es el resultado final de una filosofía que ha perdido la pasión de verdad y la pasión del bien y no tiene otra cosa que ofrecer que el «Ersatz» subalterno de la frialdad, la aridez y la mezquindad propias de la ideología burguesa.

El dominio tardocapitalista ha conducido no sólo a un aburguesamiento del arte, la ciencia, la literatura y el pensamiento, sino a la destrucción de la cultura obrera surgida en el siglo XIX como respuesta a la concepción burguesa de la vida. La cultura obrera ha desaparecido porque los ideales de que se nutría —nobles ideales— han sido sistemáticamente combatidos por la facticidad triunfante, y ello hasta tal punto, que el mismo concepto de proletariado ha perdido su vigencia como totalidad coherente y se ha convertido en una abstracción. El pueblo trabajador, al que apelaban siempre los grandes ideólogos de la Ilustración y del socialismo clásico, se ha transformado en masa, y esta masa está compuesta, con pocas excepciones, de consumidores sin conciencia de clase. El obrero no consume sólo los productos materiales fabricados por la burguesía, sino también la pseudo cultura que ésta le ofrece a través de sus medios de comunicación. Sometido al lavado de cerebro diario de la ideología burguesa, asume inconscientemente el propio sistema de valores de la clase que la explota y le humilla. Su alienación como individuo le despoja de su conciencia crítica y de su voluntad de resistencia, y cuando protesta lo hace desde la propia perspectiva burguesa, esto es, exigiendo mejoras o reformas de carácter parcial sin poner en entredicho la legitimidad del sistema, una actitud que corresponde a la praxis positivista del sindicalismo socialdemócrata predominante en las sociedades de alto capitalismo.

Pero a pesar de la integración de la clase obrera y del dominio casi absoluto que el tardocapitalismo ejerce sobre la sociedad, nuestra época es todo lo contrario de una época totalmente homologada. Lo que precisamente caracteriza a las sociedades



epigonales y saturadas son las contradicciones y antinomias, el principio de no-coincidencia. La unidad reinante es meramente externa y aparental. En medio de la «Gleichschaltung» («Coordinación») del capitalismo avanzado existen numerosos factores y fenómenos que contradicen y niegan el consenso formal. La agresividad, las neurosis y el dolor que palpamos por doquier, son la prueba muda pero evidente de que el hombre —también el más integrado— no se ha reconciliado interiormente con el sistema. Y si esta insatisfacción o «conciencia infeliz» (Hegel) no se nota más es porque en general permanece reclusa en la propia subjetividad y no se convierte en rebeldía abierta, en militancia, en proceso de resistencia, también, por supuesto, porque los medios de comunicación la ocultan o le conceden un espacio informativo secundario. Pero el solo hecho de que el sistema se vea obligado a perfeccionar cada vez más sus métodos de dominación, manipulación y esclavización indica que la integración del hombre es menos completa de lo que suele suponerse. Existe, en efecto, más descontento del que figura en las estadísticas e informes demoscópicos, más ira sorda y acumulada de lo que dejan entrever los discursos triunfalistas de los detentadores del poder. Pero este estado latente de protesta queda por lo común paralizado por la resignación, nacida de la convicción de que es inútil enfrentarse al sistema y que, por ello, la única opción posible es la de volver la espalda a la «res pública» y retirarse a cultivar el jardín privado.

Si alguna tarea incumbe a los sectores no colonizados de la cultura es precisamente la de fomentar y potenciar la conciencia crítica, la de transformar el descontento difuso e inarticulado que reina ahora en esquema lúcido, la de canalizar en acción objetiva la indignación subjetiva, la de subvertir el consenso aparente y convertir el trabajo intelectual en proceso de resistencia y liberación.

Pero sin hacerse ilusiones, claro, porque el optimismo prefabricado es, en el fondo, una forma inconsciente del positivismo. «L'optimisme m'est toujours apparu comme l'alibi soumois des égoïstes, soucieux de dissimuler leur chronique satisfaction d'eux-mêmes. Ils sont optimistes pour se dispenser d'avoir pitié des hommes, de leur malheur» («El optimismo me pareció aunque la coartada de los egoístas, cuidadoso de simular su satisfacción crónica propia. Son optimistas para evitar tener piedad de los hombres, de sus desgracias») (Bernanos, «Les grands cimetières sous la lune»). El intelectual comprometido y no dispuesto a pactar con el sistema ha de partir sobre todo de la conciencia de humildad, ha de reconocer los límites que su acción necesariamente tendrá y no caer en el narcisismo de imaginarse que es el ombligo del mundo, como les ocurre a los «nuevos filósofos» de la vecina Francia y a sus émulos peninsulares, tan brillantemente desenmascarados estos últimos, por Carlos Díaz en su libro «La última filosofía española». Hay que cuidarse en todo caso de no elevar la figura del intelectual a la categoría de mito intocable y de adjudicarle un valor ontológico a priori. «We take ourselves too seriously, nous autres poètes» («Nos tomamos demasiado en serio a nosotros mismos, nosotros los poetas»), señalaba con razón D. H. Lawrence en una carta a Edward Marsch. Baudelaire sabía lo que decía cuando hablaba de la «canaille littéraire» («canalla literaria»), y lo sabía también Karl Krauss al designar a los periodistas profesionales de «journalille». ¿Cuántas monstruosidades y aberraciones teóricas han nacido de los cerebros de las minorías pensantes, cuántas veces hemos visto a la intelligentsia ponerse al servicio de ideas y sistemas de poder inhumanos? ¿Qué dictador ha carecido de aduladores y



bufones literarios, de «brain trusts» encargados de glorificar su despotismo? Por lo demás, hay que contar siempre con el instinto señoril del intelectual con su tendencia a separarse de los demás y a considerarse superior a ellos, una actitud que el individualismo burgués ha fomentado al máximo. El saber o el talento no son, por sí solos, una garantía de lo humano, y si estos atributos no van unidos a la humildad y al sentido de solidaridad, se convierten fácilmente en endiosamiento y soberbia.

¿Cuál es, pues, la misión que corresponde cumplir al escritor, al artista, al filósofo, al periodista, al pedagogo? La de ejercer de mediador entre el todo y las partes, la de ser intérprete de lo universal, una misión que sólo puede cumplir si se compromete con el sentido de la totalidad y renuncia a absolutizar su propio yo y a convertirlo en su única razón de ser, como ocurre hoy con frecuencia. A pesar de su aversión por Hegel y su «la verdad es el todo», Kierkegaard nos dice, en su «Concepto de la angustia»: «La perfección personal consiste en participar sin reservas en la totalidad».

La función del arte y la literatura, de la crítica y la enseñanza no puede ser otra que la de revelar la fealdad y el dolor del mundo y trazar las líneas para su superación. El arte no es sólo revelación de lo divino, como pensaba Joyce, sino, asimismo, revelación de lo humano, pues querer vivir lo primero sin lo segundo es una forma deficitaria y abstracta de la revelación. Convertirse en abanderado voluntario y desinteresado de la verdad es la única manera de trascender las estructuras cerradas del empirismo y trabajar en favor del advenimiento del reino de lo humano. Lo demás es impostura, frivolidad o comercio.

Precisamente porque la cultura tiene que ser revelación por partida doble –revelación de la injusticia y revelación de los caminos que puedan conducir a su extirpación– es por esencia lo contrario de la ideología y la propaganda. En tanto que el mundo sea como hoy es y como casi siempre ha sido –alienación y sufrimiento–, el arte, la literatura y el pensamiento tienen que ser negación de lo dado. Pero esta actitud sólo puede adquirir su pleno sentido subversivo e iconoclasta cuando parte de un contra-sistema de valores. Si falta este elemento redencional, esta perspectiva de futuro, la negatividad corre el riesgo de convertirse en pura pirueta declamatoria, en retórica y en palos de ciego, como sucede hoy con la cultura «soi-disant» conformista que nos sirven las grandes editoriales y la gran prensa.

Es obvio señalar que una cultura como la que propugnamos aquí no puede ser elitista, no puede estar al servicio de una parte de la sociedad –la parte privilegiada–, sino que tiene que estar visceral e indisolublemente unida al pueblo, entre otras cosas, porque éste es el más necesitado de solicitud y orientación. En cuanto a los que afirman que un tipo semejante de cultura está condenado a la vulgarización, me recuerdan a quienes se niegan a hacer el bien bajo el pretexto de que el hombre y el mundo están irremisiblemente perdidos.

De momento, lo que importa es salirse del fetichismo de las macroestructuras y grandes focos de poder –desde los partidos políticos a la gran prensa– y revalorizar el trabajo paciente y callado de pequeño grupo, cosa que no puede hacerse sin restablecer el sentido (hoy perdido) de la compañía humana y de la relación fraternal. Este es el único camino –un modestísimo pero claro camino– para liberarse de la



masificación y la despersonalización que nos rodea y de la soledad radical a que éstas nos condenan. Luchemos por lo completamente distinto creando nuestras propias reglas de juego, y no sentándonos a la mesa donde se juega con las cartas marcadas y gastadas de la cultura institucionalizada.

Pero dicho esto hay que subrayar también con todo énfasis, que cultura es y debe ser presencia pública, porque una cultura de la pura interioridad no basta, es incompleta. Hegel, que tantas barbaridades ha dicho y tanto mal ha hecho, tiene razón cuando en su «Fenomenología» explica que el alma bella («schöne Seele») que quiere preservar su pureza rehuyendo la confrontación con la realidad, acaba convirtiéndose en puro vacío. Tenemos ciertamente que formarnos interiormente, pero no para aislarnos de los demás y contemplarnos el ombligo, sino para reunirnos con ellos en el ágora y participar en el debate colectivo lo mejor preparados posible. Feuerbach nos sugiere el camino: «El individuo no contiene por sí solo la esencia del hombre, ni en sentido moral ni como ser pensante. La esencia del hombre sólo está contenida en la comunidad en la unidad del hombre con el hombre» (Grundsätze der Phil. der Zukunft). Y de manera parecida Martín Buber: «El individuo es una realidad de la existencia en la medida en que entra en relación viva con los demás individuos... El hecho fundamental humano es el hombre con el hombre» (Das Problem des Menschen). De ahí que sea necesario combatir la filosofía pequeño-burguesa de la «Innerlichkeit» («Interioridad»), a la que pertenece la tesis heideggeriana de que el ámbito del «Man» («se») o del espacio público es pura palabrería e inautenticidad (Uneigentlichkeit), sin caer tampoco en el reduccionismo de la pura acción, que es de extracción burguesa. Hay que seguir aquí, como en otras cosas, la pedagogía griega, encaminada a crear una síntesis armónica entre lo ético y lo cívico.

¿Tiene una cultura comprometida y crítica como la que sugerimos aquí alguna posibilidad de éxito? Cuando están en juego la verdad y el bien, este tipo de preguntas pierden su razón de ser. Eso de ganar o perder está bien para el mundo de los negocios o el deporte, pero es perfectamente superfluo a la hora de tomar una decisión sobre nuestra conducta humana y social. Por lo demás, si es necesario se pierde, pues perder ha sido siempre el destino de lo excelso, mientras que lo que triunfa en sentido convencional suele ser lo bajo e innoble.

La cultura al servicio de la verdad no se universaliza directamente, sino casi siempre por caminos indirectos y muy largos, y, a menudo, imprevistos e imprevisibles. No es una mercancía que se vende en el mercado al día siguiente de ser elaborada, sino un valor que muchas veces permanece oculto durante siglos.